

Alberto Aguirre: adalid de la crítica y de la razón

Alberto Aguirre. *El arte de disentir. Columnas*

MAURICIO HOYOS (compilación)
Sílabo/Universidad Eafit, Medellín,
2014, 290 pp.

EN ENERO de 2001, Javier Darío Restrepo, a cargo del Consultorio Ético de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), contestó lo siguiente sobre la función social de un columnista de opinión:

En todas partes, haya conflicto o no, el columnista de opinión es un intérprete de los hechos y, por tanto, un especialista en el delecto de los significados. Eso lo convierte en un guía porque, como los que conducen caravanas de viajeros por la selva, descubre caminos en donde el ojo no entrenado solo ve una vegetación enmarañada e intrincada. Los hechos de cada día, conocidos a través de numerosos medios de comunicación, cumplirían un papel desinformativo si no existiera este especialista que relaciona acontecimientos, recuerda antecedentes, descubre contextos y que, sobre todo, señala el rumbo que seguirán los hechos.

El periodismo de opinión, tal como lo deja entrever la respuesta de Javier Darío Restrepo, cumple una función esencial en toda sociedad y complementa la labor del periodismo informativo e interpretativo, sentando una postura valorativa frente a los acontecimientos. Y es a esta labor, y a uno de sus mayores exponentes en la historia del periodismo en Colombia, a los que se les hace homenaje en *El arte de disentir*, compilación realizada por Mauricio Hoyos, de 139 columnas publicadas por Alberto Aguirre entre 1984 y 2009 en los periódicos *El Colombiano* y *El Mundo*, y en la revista *Cromos*.

Aguirre, abogado de profesión, incursionó en varias vertientes de la comunicación en Colombia —fue fotógrafo, editor, columnista, crítico de cine, ensayista y traductor—. Fundador de *Cuadro*, la primera revista

especializada en cine en Colombia; de la Librería Aguirre, crucial para toda una generación de escritores antioqueños; y del sello editorial Aguirre Editor, primero en publicar, entre otras obras, *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) de García Márquez, y su aporte fue luminoso en cada una de ellas. Su versatilidad y excelencia se pueden apreciar, no solo en los escritos que recoge el libro, sino en las escasas cuatro fotos de su autoría allí incluidas, de gran sensibilidad, belleza y profundidad, y que sirven como apertura para las secciones temáticas en las que se divide la recopilación de sus columnas.

Hoyos le apostó a una aproximación que no es cronológica, pero que no por eso se siente desordenada al momento de la lectura. Aun cuando existan saltos temporales entre los escritos, todos atañen a una época en concreto e invitan a una mirada retrospectiva y reflexiva sobre la historia colombiana, especialmente con referencia a cuestiones políticas de un país sediento de justicia, igualdad y respeto para todos sus habitantes. Sus escritos son sobre todo denuncia y reivindicación de las *otras* voces que también son Colombia, aunque carezcan de los privilegios de unos pocos:

Es el alegato de los humildes, de los desposeídos, por los desheredados de la fortuna, por los zaheridos, por los vapuleados, por los abandonados, por los menospreciados, por los discriminados, por todos aquellos a quienes se les niega el pan y el agua. Por aquellos a quienes se les niega la justicia. (p. 52)

Con gran sensibilidad y humanismo, Aguirre emplea su don de palabra para iluminar la gravedad de la intolerancia, incompreensión, sed de venganza y tergiversación de la justicia en la sociedad colombiana, que pueden verse retratadas en columnas como “Niños ametrallados”, del 22 de marzo de 1985 (pp. 55-56).

Como bien dice Darío Ruiz Gómez: Aguirre siempre se situó bajo la responsabilidad de un pensamiento crítico que logró (...) legitimar el papel de la columna periodística, en la tarea de enfrentar la diaria amenaza de la irracionalidad política, del fanatismo disfrazado, de la falta de amor hacia el prójimo. (p. 19)

Son las columnas de Aguirre reflejos de una mente de principios y de ética aparentemente intachables. Así mismo, presentan una claridad envidiable para develar lo que se encuentra detrás de los acontecimientos y lo que estos pueden llegar a suponer para toda la sociedad. Su preocupación traspasa fronteras y entrega claves interpretativas para hechos distantes, a veces en el tiempo o en el espacio, pero que nos tocan a todos: “Algo hondo sacude al pueblo palestino para dar así la vida, quitando a la par vidas inocentes. El acto terrorista es un acto desesperado, que indica la impotencia ante la prepotencia y crueldad de un enemigo” (p. 160).

La obra de Aguirre como columnista da luces sobre la realidad de un país en el que nadie parece evaluar lo que ocurre, y en el que claramente hace falta una cultura de la argumentación y la reflexión, lo que hace que ejercicios de escritura como los suyos se hagan aún más necesarios:

Qué país estéril para el debate intelectual, para el diálogo y la contradicción. Negados para la dialéctica los colombianos. Se concibe el entorno intelectual como especie de tertulia invisible, donde imperan los buenos modales y las prácticas cortes. Alguien habla, y todos aplauden (...). El país se estanca: su signo es la docilidad. (p. 244)

Su vida es muestra, así mismo, de la dificultad para ejercer un papel disidente, a veces contestatario y crítico, labor que lo llevó al exilio en España debido a la amenaza directa y a los asesinatos de periodistas y figuras que lo acompañaban en su lucha en pos de la justicia a través de la palabra. Con tan solo mencionar el asesinato de Héctor Abad Gómez es más que suficiente.

El libro no solo incluye las columnas de Aguirre, centradas en las preocupaciones transversales de su obra: la justicia, la política, la prensa, la cultura y los intelectuales, sino que se complementa con un apartado inicial conformado por escritos de Darío Ruiz Gómez, Héctor Abad Faciolince, Daniel Samper Pizano, María Clara Calle Aguirre (nieta del homenajeado periodista), Mauricio Hoyos y Carlos Gaviria Díaz, que ofrecen un bosquejo

de Aguirre y sus aportes, tanto como figura pública y vocero influyente, como miembro de familia (en el caso de María Clara) y como amigo y consejero literario (en el caso de Héctor Abad Faciolince). Es así que al final de la lectura se concreta una aproximación al hombre que fue Alberto Aguirre, una idea sobre la persona que no se reduce a su producción escrita e intelectual.

A lo largo de sus columnas, la posición ética de Aguirre es admirable; su entereza y precisión, su claridad mental y sus agallas para publicar columnas tan dicientes, en un país en el que a tantos silenciantes, no pueden sino sorprender. Su juicioso estudio de fuentes se trasluce en cada frase y legitima sus palabras y posiciones. Más aún, su uso del lenguaje maravilla a cualquiera. Oraciones bien estructuradas, fluidas, agradables, con la utilización de palabras que lastimosamente se han vuelto inusuales en el vocabulario cotidiano y que rescatan, no solo la belleza de nuestro idioma, sino las múltiples posibilidades para comunicar y otorgar sentido. Sus columnas son toda una lección de escritura y exponentes del deleite que supone la palabra al momento de comunicar.

Los escritos sobre cultura son especialmente divertidos. Allí el ojo crítico de Aguirre emplea la ironía de manera excelsa. El lector no puede sino sonreír ante ciertas frases y divertirse con los absurdos que plantea y que componen nuestro día a día. Columnas como aquella dedicada al homenaje desmedido a Mario Vargas Llosa (pp. 226-227) o a Eduardo Carranza (pp. 228-229) son un deleite para el buen humor y un acierto crítico frente a las expresiones de “cultura” en la sociedad colombiana.

La obra de Aguirre, siempre lúcida, recibe con esta publicación nuevos aires y fortalezas para seguir influyendo y generando conciencia. Es un ejemplo del periodismo de opinión, válido como material de estudio para la profesión, como recapitulación de nuestra historia y como reflexión aún vigente sobre las realidades que aquejan a la sociedad colombiana y mundial.

Ante un columnista de tan alto nivel, cabe preguntarse qué ocurre en Colombia. Si bien no contamos en

el presente con una pluma como la de Aguirre, hay varias que de vez en cuando sacan la cara, hay textos que mueven las entrañas y hacen aflorar la conciencia y la necesidad de actuar de manera acorde. Pero entonces, ¿por qué esta quietud y esta sensación de estar estancados en muchos de los frentes a los que debemos dar cara día a día?, ¿por qué no hay indignación suficiente y claridad sobre acontecimientos que le permitan a la sociedad avanzar?

Imposible no sentir cierto vacío al no poder leer las opiniones de Aguirre frente a hechos que erizan la piel, como los resultados del pasado plebiscito por la paz, el brutal asesinato de Yuliana Samboní, el Nobel de Paz, la situación de Alepo, como por citar algunos de los más recientes que nos han conmocionado.

No podría sino terminar citando un fragmento de sus columnas que da claridad sobre la fuerza motor de su labor periodística, una invitación a seguir reflexionando y a actuar sobre la realidad que nos aqueja:

Pero no podemos confundirnos los colombianos en la maraña de la retórica. Nos urge la claridad sobre aquel hecho brutal que desgarró nuestras vidas. Tenemos que forjarnos, aquí y ahora, un juicio propio. Y no podemos esperar el juicio de la historia, que es lejano. Y no se trata de condenar a un empleado o a otro, pues los individuos, en los grandes procesos sociales, son cifras inertes. Se trata de entender por qué nos pasan estas tragedias, para que no vuelvan a repetirse. Tenemos que hacer luz, porque sin claridades se irá recortando día a día el espacio de la libertad. (p. 68)

Melisa Restrepo Molina